

## **El hermano de San Blas**

Esto sucedió en un pueblo donde tenían a San Blas por patrón. Un día ocurrió que una de las velas que ofrecía la gente al santo estaba mal colocada y cayó sobre la imagen, quemándose ésta. Como se trataba del patrón, no hubo más remedio que reponerlo; así que... el cura del lugar, tras organizar una colecta entre los vecinos del pueblo, encargó a un escultor una nueva imagen de San Blas.

El tío Manolo tenía un árbol cortado, en el huerto, para hacer un pesebre y, cuando llegó el imaginero al pueblo, al ver dicho tronco, le gustó mucho y le pidió a su dueño que le cediese un trozo para hacer la imagen del santo, a lo que accedió gustoso el paisano.

A los tres meses, la imagen ya estaba acabada y pintada y el cura organizó una misa para bendecirla y presentarla a los feligreses.

El día indicado, tras acabar la misa, la gente del pueblo se acercó a admirar la imagen. Cuando le llegó la vez al tío Manolo, una vez que la estudió con gran atención, por todos los lados, se dirigió al santo en estos términos:

- Bendito seas San Blas, aunque sé de dónde vienes, que eres hermano del pesebre de mi burro.

## **El médico cazador**

La mecanización del campo ha supuesto un avance fundamental para la agricultura pues ha permitido mejorar, notablemente, la calidad de vida de la gente de los pueblos, facilitando, en alto grado, su labor; pues, antes de que apareciese la maquinaria agrícola, el trabajo se hacía con animales.

El campesino utilizaba caballos y burros para desplazarse a los distintos lugares; vacas y mulos para arar, tirar del carro, trillar... Los perros defendían (y defienden) el ganado... Todo esto hacía que se estableciese entre personas y animales una relación muy estrecha; a veces, incluso de afecto, sobrepasando “lo meramente profesional”.

Con frecuencia, cuando algún animal sufría un accidente o tenía una enfermedad y el veterinario no podía hacer nada por él, lo habitual era sacrificarle para que no sufriera innecesariamente; por ello, no es de extrañar lo que ocurrió un día.

El médico del pueblo, cazador empedernido, sólo vivía para la caza. El hombre era extremadamente aficionado a ella; de forma que, cuando acababa la temporada de caza, pasaba el tiempo contando los días que quedaban para el inicio de la siguiente.

Cada persona se imagina el Paraíso a su modo: un político lo imagina como un lugar donde la gente se deja engañar con facilidad y todos le votan, ganando siempre, por amplia mayoría. Un trabajador, como un lugar donde el horario es muy bueno, se trabaja poco y se gana mucho... En fin, que cada cual que se lo imagina a su gusto.

Este médico debía imaginarlo como un gran coto lleno de perdices, conejos y liebres; en el que no existiese restricción alguna, pudiendo salir a disfrutar su afición todos los días del año. De hecho, cuando se levantaba le veda, de los días hábiles, para cazar, no perdonaba ni uno.

Un día, se encontraba cazando y fueron a avisarle de que en el pueblo, uno de los convecinos, había sufrido un accidente y no podía moverse, seguramente por la rotura de una pierna.

El galeno, tal como estaba, con su ropaje de cazador, se echó la escopeta a la espalda y de esta “guisa” se dirigió al domicilio del paciente con el fin de perder el menor tiempo posible para volver al coto, a continuar la jornada de caza.

Al llegar a la casa del paciente, entró en la habitación donde éste se encontraba y le vio postrado en la cama, sin poder moverse, con cara de dolor.

El hombre, al ver al médico vestido con la ropa de camuflaje, la escopeta a la espalda, se incorporó sobresaltado, y dijo:

- ¡Don tal, la escopeta no será para rematarme! ¿Verdad?

## **¿Dónde van los curas cuando se mueren?**

Una vez había un cabrero que era poco religioso y no cumplía nunca con los preceptos que manda la “Santa Madre Iglesia”: no se confesaba, no comulgaba, no iba a misa... Ponía como disculpa, que como tenía que cuidar las cabras y estas comen todos los días, incluidos los domingos y fiestas de guardar, no tenía tiempo para otros menesteres.

El cura del pueblo estaba muy enfadado con él y más de una vez le había amenazado con el infierno, pero el cabrero era muy escéptico al respecto y “seguía en sus trece”.

Un día, estaba el hombre cuidando las cabras y una de ellas se metió en un sembrado. Al ver la cabra en la mitad del “maraño”, comenzó a proferir amenazas de todo tipo para que saliera de allí; pero ésta, que debía estar muy a gusto, comiendo a su libre albedrío, ni se inmutó.

El cabrero, muy irritado, blandiendo el cayado corrió hacia la cabra, para obligarla a salir del sembrado y tuvo tan mala suerte que resbaló y se dio un “cogotón” tremendo, contra una peña, quedando inconsciente.

Un pastor que estaba cerca, vio lo sucedido y acudió en auxilio del cabrero que estaba tendido en el suelo, “cuan largo era”. Había perdido el conocimiento, no respondía a estímulo alguno y parecía estar muerto. El compañero, asustado, pidió ayuda y lo llevaron a casa; pero, a pesar del largo tiempo transcurrido, el pobre cabrero ni se meneaba.

¡Está muerto!, decían convencidos los vecinos. Llamaron al médico y al cura y, como el primero dijera que no le veía muy bien, el cura procedió a administrarle los Santos Óleos, “por si acaso”.

En ello estaba el sacerdote, cuando nuestro hombre recuperó el conocimiento y al verse rodeado de tanta gente se asustó.

- ¿Qué ha pasado?, preguntó a la gente.
- Te has dado un golpe tremendo en la cabeza y has estado inconsciente casi una hora. Pensábamos que te habías muerto.
- Pues sí...es verdad... he estado muerto, dijo él. Es más, creo que he estado en el cielo. San Pedro me dejó entrar un rato y vi mucha gente en allí. Lo que pasa es que no me querían en ese lugar, y por eso he vuelto.

Todos escuchaban asombrados las palabras del cabrero y el cura, intrigado, preguntó:

- Además de ver a San Pedro, ¿a quién viste en el cielo?
- En el cielo había zapateros, cabreros, labradores, sastres, panaderos, y gente de otros oficios.
- ¿Y curas?, preguntó el sacerdote. ¿No viste curas?
- No, dijo el cabrero muy seguro, en el cielo no había curas.